

LAS HUMANIDADES EN EL SIGLO XXI

Antonio Alvar Ezquerro

Universidad de Alcalá

ISBN: 978-84-9822-764-2

0. Preámbulo:

Quiero agradecer de corazón a los organizadores de este prestigioso encuentro su amabilidad al invitarme a hablar ante Vds., aunque entiendo que su generosidad la debo más a mi condición de Presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos que a mis limitadas cualidades personales. Sin embargo, para que la invitación no resultara inocua, además me pidieron expresamente que hablara sobre “Las Humanidades en el siglo XXI” situándome así ante un comprometido reto del que no sé si podré salir indemne. Pero pedían quienes pueden pedir: mis amigos. Y, cuando un amigo pide, no se puede decir que no. Exige. Recuerdo a estos efectos las palabras que dirigía el poeta latino Ausonio al emperador Teodosio cuando éste le pedía por favor que le enviara sus obras (I 3b Prete):

Si la rubia Ceres manda que el campesino eche las semillas a la tierra, si Gradivo ordena que el general tome las armas o Neptuno que la escuadra inerme salga del puerto, es tan lícito obedecer como ilícito dudar (...) Augusto me ordena escribir y pide mis poemas casi rogándolo: enmascara su poder con cortés solicitud. No tengo talento pero el César me ha mandado: haré por tenerlo. ¿Cómo voy a decir que no soy capaz? Él es quien anima mis menguadas fuerzas, y quien me ayuda es el mismo que me manda: basta con mi obediencia (...) Recuerda, por tanto, que tú me lo ordenaste, padre de Roma, y perdónate tú mismo las faltas que yo cometa.

Vayamos allá y que sea lo que Dios quiera. Cuento con su amistad y por tanto con su indulgencia.

1. Hacia una delimitación de las “Humanidades”:

Puestos en este trance, a mí, filólogo, me resulta imprescindible acotar el significado de la palabra “Humanidades” para conocer, a partir de esa delimitación, el objeto y el alcance de nuestra reflexión. Según el DRAE, la octava acepción de la voz “humanidad” remite a “letras humanas” y en la entrada “letra” se equipara y precisa el sintagma “letras humanas” con “literatura, y especialmente la clásica”.



Difícilmente, sin embargo, nos puede satisfacer esa definición en un momento en que “Humanidades” se utiliza profusamente como un sustantivo ya sin singular¹ y además polisémico, pues con él se designa tanto un ámbito del saber humano (de perfiles cada vez más confusos y difusos) como los estudios académicos que conducen o deberían conducir específicamente a alcanzarlo. Desde luego, no aceptaríamos con facilidad que “Humanidades” sea sinónimo de literatura, y especialmente la griega y la latina.

La LOGSE hablaba de “Ciencias Humanas y Sociales” para referirse a uno de los Bachilleratos de nuestro sistema educativo, subrayando la identidad, al menos genética, de las Ciencias Humanas y de las Ciencias Sociales. Hoy –y el cambio no es menor- se prefiere hablar de “Humanidades y Ciencias Sociales” para ese mismo Bachillerato, dividido en dos itinerarios cada vez más diferenciados. Es decir, “Humanidades” sustituye a “Ciencias Humanas”, dando implícitamente por sentado que las Humanidades (el estudio de la creación artística, la reflexión sobre el pasado o sobre la condición humana, la investigación sobre las lenguas, etc.), en la medida en que se resisten a los métodos de las Ciencias Experimentales, no pueden ser Ciencia y, por tanto, deben ser diferenciadas de las disciplinas sociales, aquellas que conciernen a la dimensión social del hombre (la Sociología, la Economía, la Antropología, etc.), por cuanto éstas se someten con más rigor a medidas y cuantificaciones.

Esta situación se reitera en el nivel universitario. Así, el Ministerio de Educación y Ciencia español engloba bajo el marbete de Humanidades los siguientes estudios: Bellas Artes, las Filologías, Filosofía, Geografía, Historia, Historia del Arte, Humanidades propiamente dichas, y Traducción e Interpretación. Otros estudios, como Biblioteconomía y Documentación, Ciencias Empresariales, Educación Social, Gestión y Administración Pública, Relaciones Laborales, Trabajo Social, Turismo, las distintas especialidades de Magisterio, Administración y Dirección de Empresas, Ciencias de la Actividad Física y del Deporte, Ciencias Políticas y de la Administración, Comunicación Audiovisual, Derecho, Economía, Pedagogía, Periodismo, Psicología, Publicidad y Relaciones Públicas o Sociología, son colocados bajo el marbete de Ciencias Sociales y Jurídicas, sin que se sepa muy bien cuál es el criterio para situar a las distintas titulaciones en uno u otro lugar, por más que se pueda suponer que las Humanidades continúan la antigua tradición de Filosofía y Letras, a su vez heredera de los estudios en Artes, mientras que las Ciencias Sociales y Jurídicas parecen ser unas Humanidades aplicadas más directamente a un mercado laboral, en general no relacionado con la enseñanza (a excepción claro está de los Magisterios). Otras consideraciones menos objetivas huelgan en este momento.

Estamos, pues, en presencia, de un término polisémico e insuficientemente definido, lo que equivale a decir etimológicamente, que carece de límites precisos. Es más: este término se ha empleado en el debate epistemológico primero y en el ámbito

¹ “Humanidad” sí se ha utilizado como singular de “Humanidades” en nuestra lengua desde el Renacimiento; hoy no es ése el caso.



educativo después como cajón de sastre para oponerlo a otros que se antojan más precisos (y veladamente más interesantes socialmente), como Ciencias y Técnicas.

2. Ciencias frente a Humanidades:

Ya en los años 60 del siglo pasado, y como consecuencia directa o al menos en relación con los procesos y acontecimientos que dieron lugar al Mayo del 68, se comenzó a plantear por parte de pensadores como Charles Percy Snow un debate de gran calado para el pensamiento occidental que reproducía en cierta manera la vieja querrela renacentista de la primacía de los saberes, trasunto, a su vez, de otra aún más antigua que enfrentaba a los viejos y los nuevos autores. Ese debate concernía en esta ocasión a la posición de las Ciencias frente a las Letras –definidas por Snow como dos culturas encontradas²- y, como consecuencia del mismo, las Letras (que ahora denominaríamos Humanidades) comenzaron a perder, aparentemente de manera definitiva, su papel central en la formación del hombre culto occidental y, por consecuencia, también su posición vertebradora del sistema educativo. La derrota que podría parecer total y sin paliativos, quizás no lo sea de manera tan clara si atendemos a algunos datos concretos. Sin entrar en otros detalles para no hacer más prolija esta exposición, durante el curso 2006-2007 se matricularon en España poco más de 17.000 estudiantes universitarios de nuevo ingreso en titulaciones de Humanidades (exactamente, 16.755, ni siquiera un 10% en términos porcentuales) y otros casi 110.000 en titulaciones de las llamadas Ciencias Sociales y Jurídicas (109.886). Por contra, las Ciencias Experimentales (12.795), las Ciencias de la Salud (22.727) y las Técnicas (48.615) matricularon conjuntamente tan solo unos 85.000 estudiantes³, siendo incluso más perceptible el descenso de matriculaciones en éstas últimas si se comparan los datos con lo que ocurrió en el curso 2005-2006.

Al decir de muchos, las Letras o, si se prefiere, las Humanidades serían relegadas por su condición de inservibles e inútiles o, como mucho, de adorno superfluo, y por ello debían ir perdiendo protagonismo no solo en las sucesivas reformas educativas en beneficio de otros saberes considerados más útiles, sino también en la estima social. Esta percepción, instalada con fuerza en nuestra sociedad, provoca que la precaria presencia de las Humanidades –por comparación con etapas anteriores- en los distintos currículos empeore aún más en el momento de la elección de los estudios por los

² G. CAMBIANO, “Sapere umanistico / sapere scientifico: uno pseudo-conflitto?”, *Essere e Divenire del “Classico”. Atti del Convegno Internazionale (Torino-Ivrea 21-22-23 Ottobre 2003) con l’Alto Patronato del Presidente della Repubblica*, U. CARDINALE (ed.), Turín, 2006, pp. 41-43; F. Bassani, “Due culture o una sola cultura?”, *ibidem*, pp. 48-52; E. PREDAZZI, “Le due culture: un problema vero ma che non esiste”, *ibidem*, pp. 53-59; S. TAGLIAGAMBE, “Cultura classica e cultura tecnologica: un dialogo possibile”, *ibidem*, pp. 64-89.

³ Fuente: Secretaría General del Consejo de Coordinación Universitaria, Vicesecretaría de Estudios, “Estudio de la oferta, la demanda y la matrícula de nuevo ingreso en las Universidades públicas y privadas en el curso 2006-07”, 2007 (disponible en formato electrónico en: http://www.mec.es/educa/ccuniv/html/informes_y_estudios/documentos/Oferita_Demanda_2006_07.pdf).



jóvenes, inducidos por sus familias y por el ambiente social⁴. Dicho de otro modo: los jóvenes pueden estudiar Letras pues el currículo escolar las sigue ofreciendo pero, de hecho, cada vez son menores los contingentes de estudiantes que las eligen presionados por un clima que las desprestigia y las tilda de inútiles. Sin duda, la razón práctica última y considerada más que suficiente es que los que siguen esos estudios están irremisiblemente condenados a no encontrar empleo o, en el caso de que lo encuentren, a disponer de empleos de menor calidad –es decir, con menos ingresos y por tanto de inferior categoría social- que los que cursan otras opciones. Ante esta situación, desde los ámbitos humanísticos se suele adoptar una actitud defensiva y, con frecuencia, solo útil para persuadir a los ya convencidos de su causa⁵. Sin embargo, al atender a datos como los acabados de ofrecer, sorprende observar que las Ciencias Experimentales matriculan aún menos alumnos que las Humanidades. Éste es el panorama actual en nuestro país. Éste es el panorama en el mundo occidental.

Sin embargo, desde el momento mismo en que se planteó el debate se supo que no habría más solución posible que la de cerrar el abismo abierto entre las Ciencias y las Letras, pues ni aquéllas tienen sentido sin éstas, ni éstas pueden explicar ya el mundo sin aquéllas⁶. Aunque las soluciones propuestas fueron variadas y no supieron alcanzar el objetivo propuesto, el debate se enriqueció y exploró caminos novedosos; fruto de esos intentos conciliadores fue el auge de los estudios sobre la historia de la ciencia - como ámbito de coincidencia entre los estudios específicamente humanísticos y los específicamente científicos-, o la incorporación de materias científicas en los currículos universitarios de Letras (o viceversa, aunque en menor medida), o el nacimiento de disciplinas híbridas como la Bioética. Es en este mismo contexto en el que conviene entender el desarrollo, en ocasiones extraordinario, alcanzado en las últimas décadas por disciplinas que se sitúan a caballo entre las Ciencias y las Letras, como es el caso de las llamadas Ciencias Sociales, entre las que ocupan un lugar de privilegio la Economía, la Sociología, la Psicología o la Antropología, o la divulgación de los contenidos de las Ciencias “duras”, como parte indispensable de la nueva cultura humanística, de modo que con dificultad se puede reconocer ya a nadie como verdaderamente culto si no está al tanto de algunos decisivos avances en astrofísica, ingeniería genética, neurología, ecología, nanotecnología, inteligencia artificial o biología molecular. Nombres como los de Isaac Asimov, Stephen Jay Gould, Carl Sagan o Lewis Thomas, bien conocidos desde la década de los setenta, enriquecen, apenas sin discusión, la nómina de los grandes humanistas de nuestro tiempo. En cualquier caso, las actitudes conciliadoras entre las “dos culturas” –desde la constatación irrefutable de que solas las Ciencias no pueden explicar de manera absoluta el mundo que vivimos- e incluso el intento de crear una “tercera cultura”, síntesis de ambas pero controlada por los científicos, han resultado

⁴ J. M^a VINUESA ANGULO, “La partición del conocimiento en Ciencias y Humanidades: causas y consecuencias”, *Cátedra Nova*, 14, 2001, pp. 185-197.

⁵ J. JAREÑO ALARCÓN y M. A. GARCÍA OLMO (eds.), *Humanidades para un siglo incierto*, Murcia, 2003.

⁶ J. PICHEL MARTÍN, “Fragmentación de saberes y pérdida de la sabiduría”, *Cátedra Nova*, 14, 2001, pp. 199-206.



una constante en los diversos lances del debate y de ellas han derivado algunas reflexiones que no por anecdóticas dejan de ser significativas. Traeré a colación tan solo una de ellas, la que debemos al francés Albert Jacquard, experto genetista:

Gracias a la biología, yo, el genetista, creía ayudar a la gente a que viese las cosas más claramente, diciéndoles: Vosotros habláis de raza, pero ¿qué es eso en realidad? Y acto seguido les demostraba que el concepto de raza no se puede definir sin caer en arbitrariedades y ambigüedades [...] En otras palabras: que el concepto de raza carece de fundamento y, consiguientemente, el racismo debe desaparecer. Hace unos años yo habría aceptado de buen grado que, una vez hecha esta afirmación, mi trabajo como científico y como ciudadano había concluido. Hoy no pienso así, pues aunque no haya razas la existencia del racismo es indudable.⁷

3. Las Humanidades y el contexto educativo:

Pero vivimos en un mundo cada vez más complejo, global, paradójico y, simultáneamente, complementario. Así, mientras Ciencias y Letras se ven comprometidas en un debate sobre la primacía de unas o de otras –“¿son galgos o podencos?”-, irrumpen en el mercado de la valoración social y, a partir de ahí, de la educación, no ya con fuerza sino con extraordinaria violencia, otras dos convidadas no esperadas, por más que sean descendientes más o menos directas de las dos bellas damas en disputa: la Tecnología y la Economía. Hay otras más –como las disciplinas que se ubican en el universo de la *psique* (Psicología, Psiquiatría, Psicopedagogía...)-, pero, en mi opinión, son por el momento de menor impacto. Ya he hecho referencia a los efectos de la irrupción de estas nuevas disciplinas en las matriculaciones universitarias de nuevos alumnos y de cómo en buena medida se llevan la parte del león y eso que, en nuestro país, la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, que luego se desdoblaría en otras varias, algunas de ellas, como la de Económicas y Empresariales de especial significación en el contexto universitario actual, no se crea hasta 1943, o que habrá que esperar a la década de los 60 para ver cómo nacen las Universidades Politécnicas a partir de institutos técnicos preexistentes. Bastaría comparar la situación actual con la que creó la famosa y duradera Ley Moyano en 1857, de acuerdo con la cual no había más estudios que los de Filosofía y letras, Ciencias exactas, físicas y naturales, Farmacia, Medicina, Derecho y Teología (éstos suprimidos definitivamente en 1868) para comprender cómo han evolucionado las cosas.

Resulta un perfecto ejemplo de la situación que trato de describir el último Plan Nacional de I+D+I para el período 2008-2011, que está presentándose a las

⁷ En F. FERNÁNDEZ BUEY, “Ciencia, Tecnología y Humanidades para el siglo XXI. Ideas en torno a una tercera cultura”, Ciencia, Tecnología y Sustentabilidad, El Escorial, julio 2004, p. 4, <http://www.istas.ccoo.es/escorial04/conferencias/conf7.pdf> (= “Humanidades y tercera cultura (I y II)”, http://www.lainsignia.org/2005/octubre/dial_003.htm y *idem* 004.htm).

Universidades aún en fase de borrador, y cuyos objetivos se definen literalmente del siguiente modo:

- 1.- Situar a España en la vanguardia del conocimiento.
- 2.- Promover un tejido empresarial altamente competitivo.
- 3.- Desarrollar una política integral de ciencia, tecnología e innovación: la imbricación de los ámbitos regionales en el sistema.
- 4.- Avanzar en la dimensión internacional como base para el salto cualitativo del sistema.
- 5.- Conseguir un entorno favorable a la inversión.
- 6.- Establecer las condiciones adecuadas para la creación y difusión de la ciencia y la tecnología.

Como ven, mucha empresa, mucho dinero y mucha tecnología. De Humanidades, nada de nada.

En este ambiente social no resulta fácil hablar de Derecho romano o de Cicerón. Permitidme que me detenga, de manera paradigmática, en este nombre. Cicerón ha sido hasta ayer para el ciudadano medianamente instruido de este país sinónimo de escritor latino importante pero pesadísimo y de difícil lectura. Hoy probablemente ya no sean tantos los ciudadanos capaces de decir ni siquiera esas dos banalidades a propósito de Cicerón. Mañana, si las cosas siguen en la dirección que llevamos, nadie sabrá nada de él. Será una sombra más de un pasado cuyo conocimiento habrá sido sacrificado en aras de un mal entendido progreso educativo y cultural.

Resulta superfluo denunciar esta situación –que no solo afecta a España, pues se extiende por todo Occidente como una verdadera epidemia de proporciones gigantescas- ante un foro como el que ahora me escucha. Pero es preciso dejar testimonio de nuestras angustias y zozobras, también de nuestras esperanzas.

Estamos desarrollando en estos días en España una nueva reforma de nuestro sistema educativo; la enésima en pocos años. La formación de nuestros jóvenes sufre –quizás más que ninguna otra cosa- los vendavales de los cambios en el gobierno de la nación. Falta sosiego y voluntad de entendimiento. Y en medio de toda esta tormenta que ya dura, nuestros estudios, el Latín y el Griego, y la Cultura clásica –una singularidad positiva de la Educación Secundaria en España- sufren los “daños colaterales” –en feliz expresión de Francisco Rodríguez Adrados- de esta guerra implacable, cuyos objetivos confesados son la enseñanza de la religión o la “diversificación curricular” (perdón por la cursi pero manida expresión, pero me lo ha parecido menos que esa otra que se le opone, la de la “comprensividad”). Paralelamente, se da cada vez más cabida en nuestra Educación Secundaria a enseñanzas de tipo instrumental y a las llamadas nuevas tecnologías, aquéllas para adaptar la formación de nuestros jóvenes a las demandas del mercado de trabajo, éstas –convertidas un fin en sí mismas- para revestir la actividad educativa con el ropaje de la verdadera y definitiva modernidad. En este ambiente, el latín sufre; del griego mejor no hablar demasiado. Y



Cicerón, consecuentemente, es de nuevo perseguido pues no sirve para nada. Pobre Cicerón; es su destino. Ahora tampoco sirve; hay que acabar con él.

Y el caso es que Cicerón, como cualquier otro gran escritor y él lo fue en grado sumo, es una lección permanente en cualquier lugar que se llame civilizado y en cualquier época que se pretenda culta. También es una lección permanente en cada etapa de la vida de una persona. A mí me gusta decir que Cicerón es un escritor para mayores de cuarenta años; como Horacio; como ocurre con otros grandes. No se puede comprender todo el misterio de su fuerza creativa y todo el valor de su experiencia vital mientras no se ha caminado un largo trecho de nuestra propia existencia. Pero eso no quiere decir que su lectura no pueda aportar nada al joven de hoy.

Resulta vehementemente sospechoso (*vehementer suspectus*) que las tendencias pedagógicas reinantes e impuestas como dogmas se asienten sobre cuatro axiomas, a mi modo de entender, falaces cuando se adoptan sin matices: 1.- La educación debe ser lúdica (falso: se logra con esfuerzo y negar eso es apartar al joven de la construcción de su propia personalidad; para cuyo logro no hay atajos); 2.- El trabajo ha de hacerse en equipo (falso: si no se sabe trabajar individualmente, poco se puede aportar a un equipo); 3.- Hay que relacionar y no memorizar (falso: es imposible relacionar si previamente no se conocen los elementos de relación); y 4.- Se debe ir de lo cercano y particular a lo lejano y general (y en la aplicación de este principio se da preferencia a Mesonero Romanos en Madrid por ser madrileño frente a Shakespeare; al río Tormes por ser salmantino frente al Nilo y a la iglesita de cualquier aldea frente a Nôtre Dame de París, como si Shakespeare, el Nilo o Nôtre Dame no proporcionen a lo largo de la vida de cualquiera encuentros más frecuentes y fructíferos que Mesonero Romanos, el Tormes o una ermita perdida en un rincón de nuestra geografía más inmediata).

Estos principios pedagógicos han conducido a resultados bien conocidos: la enorme dificultad de nuestros estudiantes para entender y formular pensamientos abstractos, su generalizada incapacidad para el trabajo intelectual, las más de las veces asociada a un más que deficiente conocimiento de su propio idioma.

Se diría que esta situación es la deseada por una clase política y por una sociedad incultas y mezquinas, pues solo el conocimiento hace personas libres y críticas. Sin embargo, una y otra vez se insiste desde mil instancias diferentes, en que hay que adaptar el sistema educativo a las demandas del mercado de trabajo. No hay disimulo en la pretensión de que lo que debe hacer un sistema educativo es crear trabajadores. Pocos son –y van contracorriente– los que advierten que la verdadera finalidad de un sistema educativo que se precie, debe ser la de hacer personas, capaces de entender el mundo que les rodea y capaces de transformarlo con sus preguntas y sus respuestas.

Frente a todo este inquietante panorama, los que amamos el mundo clásico y hemos dejado nuestra vida en él, alzamos nuestra voz y decimos una vez más que el conocimiento del latín contribuye de manera decisiva e irremplazable al conocimiento del propio idioma, que el aprendizaje de la más importante lengua de cultura que ha



conocido la Humanidad, fortalece la mente y genera saberes racionales, que la práctica de la traducción –y los textos de Cicerón son el punto de partida imprescindible– fomenta a base indudablemente de esfuerzo la capacidad individual de trabajo intelectual y contribuye más que ninguna otra experiencia a entender la “sintaxis” del mundo que nos ha tocado vivir, sea la que subyace en el urbanismo de una ciudad, sea la de la ubicación de productos en una gran superficie comercial, sea la de la organización de un colectivo humano para desarrollar una tarea común, que el conocimiento de la cultura que se transmite a través del griego y del latín es la vía más sólida para comprender el mundo que nos rodea⁸. Pues nosotros sabemos muy bien que nuestra labor no debe buscar como finalidad que los jóvenes conozcan y entiendan el mundo antiguo como si fueran anticuarios, sino que conozcan y entiendan el mundo que a ellos les ha tocado vivir, y precisamente por ello deben conocer el mundo antiguo. No de otro modo se logra transmitir la dimensión histórica del ser humano y el conocimiento de los orígenes de nuestra propia civilización.

Así, Grecia y Roma, para nosotros, no valen tanto por lo que fueron en sí mismas, por muy grandes que fueran, sino por lo que representaron para Occidente durante muchos siglos y hasta ayer mismo. La historia y la civilización de Grecia y Roma han sido un vivero inagotable de *exempla* para todos los tiempos. Ha habido otras grandes civilizaciones, en Egipto o en Mesopotamia, en América central y en Suramérica, en China y en la India, en el Mediterráneo y en el Oriente Próximo musulmanes; también son gigantescos sus legados y en determinados ámbitos geográficos, por supuesto, más determinantes para el hombre de hoy que el legado de la civilización grecorromana. Pero ha sido precisamente la veneración de quienes quisieron seguir hablando y escribiendo en latín, fieles a la idea de Grecia y de Roma como sinónimo de cultura y civilización, los que han hecho verdaderamente grande el legado clásico por excelencia. Grecia y, aún más, Roma han representado siempre la civilización frente a la barbarie, la unidad frente a la fragmentación, la paz frente a la inseguridad. Occidente cometería un grave error si dejara de atender y de aprender de ese inmenso legado, base de su identidad y de su capacidad de progreso y civilización.

4. Las Humanidades y el contexto social:

El resultado de toda esta situación es que ya casi nadie se atrevería razonablemente a sostener verdades absolutas sobre la primacía de los saberes y la dirección que debe seguir primero su estudio y luego su divulgación a través de la enseñanza convencional o de los medios de comunicación de masas. Pues, si de lo que acabamos de exponer se derivaría con mucha razón la conveniencia de fomentar las actitudes epistemológicas multi- o interdisciplinares y globalizadoras, rompiendo la artificial compartimentación de los saberes a que nos tiene acostumbrados la escuela, no

⁸ La bibliografía a este respecto es inmensa; citaré dos botones de muestra de muy diferente contenido y alcance: E. CANTARELLA, *El peso de Roma en la cultura europea*, trad. de M. A. Ramos Sánchez, Torrejón de Ardoz, 1996; F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *El reloj de la Historia*, Barcelona, 2006.



es menos cierto que la profundización en los conocimientos de cada disciplina ha provocado una tremenda superespecialización en los investigadores, de modo que pocos son ya los que pueden compartir simultáneamente una visión amplia de su ámbito de estudio con un conocimiento profundo y actualizado del mismo. Los investigadores del ámbito científico entendieron hace mucho esta preocupante limitación del intelecto humano y se organizaron en equipos de trabajo, hasta el punto de que ya detrás de cada nombre propio destacado hay, en realidad, un sólido grupo humano, frecuentemente multi- o interdisciplinar y heterogéneo, capaz en conjunto de hacer avanzar las fronteras del conocimiento. Eso es algo que los humanistas no hemos aprendido a hacer aún y, en general, preferimos trabajar en solitario a la antigua usanza. Sin embargo, cuando se ha hecho, se han obtenido resultados fecundos. Bastaría aducir como ejemplo el formidable avance en el estudio de papiros y palimpsestos como consecuencia de la aplicación de metodologías y herramientas procedentes de disciplinas como la Física y la Informática; la fotografía multiespectral, nacida al servicio de la NASA y aplicada a otros fines, ha resultado extraordinariamente beneficiosa también para la lectura de textos hasta ahora imposibles de leer. Nuestras ciencias han alcanzado una nueva frontera gracias precisamente a la colaboración activa y decidida de filólogos helenistas con expertos de ámbitos estrictamente científicos y tecnológicos⁹. Similares ejemplos podrían aducirse a propósito de la Arqueología (el caso de Atapuerca es uno más entre otros muchos), de la Historia del Arte o de la Filosofía.

De esa superespecialización se han derivado no pocos avances y logros en nuestros conocimientos –incluidos los de las disciplinas humanísticas–, sin duda ninguna, pero también nos ha conducido a una peligrosa parcelación que nos puede abocar a ser extraordinariamente eruditos en algo y sorprendentemente incultos en todo lo demás, lo que nos situaría en las antípodas de lo que tradicionalmente se ha entendido por un humanista¹⁰. Es más; esa superespecialización ha alejado incluso a los expertos de un ámbito del conocimiento no solo de los expertos de otros ámbitos –y consecuentemente de sus saberes– sino también de los que pasan por ser sus colegas y frecuentan sus mismos territorios, de modo que es frecuente constatar la paradoja de que disciplinas como la Filología Latina y el Derecho romano, por poner un ejemplo bien ilustrativo en estos momentos, no solo se ubican en Titulaciones y Facultades diferentes –lo que podría entenderse como un mero asunto de organización interna– sino que parecen pertenecer a galaxias epistemológicas condenadas a no encontrarse nunca. Dicho de otro modo: las Humanidades pueden salir aparentemente beneficiadas de este culto a la superespecialización pero a costa de la desaparición de los humanistas.

⁹ J. VALERA BERNAL, “Las nuevas tecnologías aplicadas a las Humanidades”, en <http://www.contraclave.org/nntt/comaudio/nnttyhumanidades.pdf>.

¹⁰ G. GEREZ KRAEMER; “La fragmentación del saber no es sinónimo ni resultado de la especialización”, en *Universidad... ¿para qué?*, J. M^a SAZ DÍAZ y J. M. GÓMEZ PULIDO (coords.), Universidad de Alcalá, 2003, pp. 125-128.



En efecto, he afirmado en otros lugares que las Humanidades no corren ningún peligro¹¹. Y trataré de seguir argumentando esa optimista afirmación. En todo caso, podemos correrlo los que ahora las cultivamos si no sabemos estar atentos a lo que de nosotros demanda el mundo que nos rodea; de hecho, nuestro papel está siendo frecuentemente suplantado por los “nuevos humanistas” y, en particular, por los periodistas, sociólogos, comunicólogos, politólogos, ideólogos, publicistas, directores, guionistas y productores de TV y cine, y demás “creadores de opinión”. Pues el mayor peligro que se cierne sobre nosotros deriva del hecho de olvidar que nuestra obligación social más trascendente es la de contribuir con nuestro saber a explicar el mundo que nos rodea para hacerlo más inteligible a nuestros conciudadanos.

Esta reflexión me permite retomar mi discurso a propósito del futuro amable cuando menos que espera a nuestras disciplinas, si sabemos revestirlas del ropaje comunicativo que exigen los nuevos tiempos. El contrato social que se establece entre una determinada colectividad y sus intelectuales –en este caso los humanistas-, exige, como acabo de decir, en primer lugar que los intelectuales traten de explicar al resto de la colectividad el mundo que viven y el futuro que se avecina. Y ello no es posible sin una permanente mirada al pasado. Sin la mirada retrospectiva no es posible la crítica, la autocrítica –el signo a mi entender más distintivo de la Civilización occidental de base grecorromana-; y sin la autocrítica no es posible el progreso, progreso entendido no como simple cambio, como tantas veces ocurre (¡ay de los *amici noui*, los “amigos de lo nuevo” en expresión de Tácito!), sino como cambio enriquecedor –por más justo y más liberador- individual y socialmente. Precisamente por la asunción de esa cláusula de ese contrato virtual, debemos transmitir a nuestra generación ante todo los conocimientos que nosotros recibimos y de los que somos privilegiados depositarios. Y a partir de ese momento y como segunda cláusula, debemos procurar ensanchar, en la medida de nuestras posibilidades, los límites de nuestro conocimiento. Por tanto, si tan solo dependiéramos del cumplimiento exacto de la que he llamado la primera de esas cláusulas, la que nos exige transmitir el conocimiento, nuestra tarea sería ya descomunal, habida cuenta del enorme legado que hemos recibido. Sí, hay que volver a contar todo de nuevo a nuestros conciudadanos. No basta con que lo hicieran algunos alemanes portentosos en el s. XIX. Debemos transmitir con el lenguaje apropiado al hombre de hoy esos saberes por más que a nosotros nos parezcan ya demasiado trillados; quizás deberíamos reflexionar colectivamente sobre la necesidad de practicar, y consecuentemente de respetar como una sagrada tarea, la divulgación y no solo en el ámbito de nuestras aulas que, poco a poco, vemos cómo van quedando desiertas.

En este sentido podría servirnos de estímulo el hecho de que, al menos por lo que respecta a nuestro país pero no solo, se observa un creciente interés hacia nuestros ámbitos de estudio, por más que ese interés se manifieste a través de formatos en algunos casos novedosos, en otros no tanto, y a unas edades de la vida también

¹¹ A. ALVAR EZQUERRA, “La necesaria adaptación del profesorado de humanidades al pulso de la sociedad”, en *Universidad... ¿para qué?*, J. M^a SAZ DÍAZ y J. M. GÓMEZ PULIDO (coords.), Universidad de Alcalá, 2003, pp. 137-140.



desusadas poco antes. Me refiero a la extraordinaria proliferación de nuevos sitios arqueológicos musealizados y visitables, exposiciones, películas, series de televisión, novelas históricas, traducciones de textos, ensayos, ciclos de conferencias, universidades de la tercera edad, etc. que tienen como objeto y protagonista al mundo clásico en particular y a las Humanidades en general. Se diría que a medida que las sucesivas reformas educativas, inspiradas en lecturas limitadoras y parciales –cuando no interesadas- de las reales demandas sociales, van empequeñeciendo en el currículo académico el espacio reservado tradicionalmente a las disciplinas humanísticas, el hombre de hoy se siente cada vez más atraído hacia esos conocimientos. La escuela ha sido sustituida por otros espacios de transmisión del conocimiento y lamentablemente eso es algo que no solo concierne a nuestros estudios.

Por contra, la situación de las Humanidades es quizás menos halagüeña por lo que se refiere a la segunda de las cláusulas del contrato virtual a que me he referido. Muy probablemente, el aparente desinterés institucional –traduzca o no un paralelo y cierto desinterés social- por las Humanidades y su consecuente pérdida de estima se debe en buena medida a la limitada capacidad de nuestros saberes por propiciar “descubrimientos” impactantes y “novedades” de relumbrón. En este sentido, nada tienen que hacer frente al constante bombardeo de las nuevas tecnologías, convertidas rápidamente en productos mercantiles¹², particularmente atractivos en una sociedad de consumo y materialista, y a la ensoñación de la conquista de la inmortalidad y de la felicidad perpetua que parecen que nos han de lograr las llamadas Ciencias experimentales. En definitiva, nuestros saberes, precisamente por su condición de más antiguos y menos experimentales, se sienten envejecidos. Desde Gorgias de Leontinos han pasado muchos siglos que, paradójicamente, no han hecho avanzar demasiado la comprensión del espíritu humano, al menos no a la velocidad con que se han producido los avances tecnológicos y científicos en los últimos decenios. *La Odisea* de Homero o *El banquete* de Platón aún se pueden leer con provecho no solo estético sino incluso existencial, mientras que no produciría frutos semejantes la lectura de la *Física* de Aristóteles. Y vivimos en un siglo que, de manera sorprendentemente ingenua, cree en la originalidad y también en la verdad eterna, por demostrable y demostrada, que se deriva de las teorías científicas, las que, por otra parte, más rápidamente se ven superadas por otras teorías científicas igualmente verdaderas, eternas, demostrables y demostradas.

Ese obsesivo culto a lo nuevo, a lo original, se convierte en religión excluyente si además lo “nuevo” y lo “original” es convertible en bien de mercado. Y ser convertible en bien de mercado garantiza, sin más, el supremo valor de la “utilidad” porque la medida de la utilidad es la capacidad de algo para proporcionar dinero. Esos dos nuevos dioses de nuestro tiempo, dioses de la religión más dogmática que ha conocido la Humanidad, llamados utilidad práctica y dinero son los que han entronizado a las

¹² J. M. AGUADO TERRÓN, “<<Insert coin>>: transformaciones tecnológicas de la experiencia medida”, en *Las grietas de la modernidad*, J. GUERRERO MUÑOZ y M. LÓPEZ CAMBRONERO (eds.), Murcia, 2004, pp. 105-160.



disciplinas que los veneran, las Técnicas y las Económicas y Empresariales (¿dónde queda ya la Teología?) en los lugares de privilegio que ahora ocupan, como ha quedado dicho, a despecho de las Ciencias y de las Humanidades. De ahí que, en las condiciones que exige la sociedad que nos ha tocado vivir, las posibilidades de supervivencia de las Ciencias y de las Humanidades están en relación directa con su capacidad de adaptarse a las nuevas reglas del juego, del mismo modo que los elefantes y los leones en África sobreviven en la medida en que son convertibles en bienes de consumo, a través de los safaris cinegéticos o fotográficos, por ejemplo. Y lo estamos viendo. Por ceñirnos al ámbito estrictamente humanístico, y por ejemplificar desde el dominio de la Lingüística, serán menos en el mundo que nos rodea los historiadores de la lengua, los gramáticos o los dialectólogos que los profesores de español para extranjeros o los correctores de estilo; o, en el dominio de la Historia o del Arte, progresarán socialmente con más comodidad los gestores culturales y los representantes artísticos que los historiadores propiamente dichos. Poco más arriba mostraba cómo proliferan, a pesar de todo y siguiendo esta inexorable tendencia, los productos mercantiles que alcanzan a generar las Humanidades. Son las nuevas Humanidades, las Humanidades aplicadas, pues la norma por la que se rigen nuestros políticos, los de nuestro país y los de Occidente en general, es que solo tiene interés aquello que demanda la sociedad, confundiendo estrepitosamente los deseos de la sociedad con los de los empleadores, como si éstos fueran los únicos y legítimos representantes de las demandas sociales, obviando paladinamente otras demandas no convertibles en la bolsa del mercado, como son las ansias por educarse y aprender de nuestros mayores o la conveniencia de que los jóvenes se formen como ciudadanos y no simplemente como trabajadores.

Sin embargo, también en ese terreno de juego tienen mucho que decir las Humanidades. Occidente ha avanzado con pasos gigantescos desde el siglo XIX en conquistas sociales. De entre ellas, hay dos que, a mi modo de entender, resultan definitivas y extraordinariamente alentadoras. La primera concierne a la situación de la mujer en la nueva sociedad que hemos construido; su igualdad de derechos con respecto al hombre ya no solo se pide ni se exige, sino que puede resultar penalizado quien no la respete. Y un efecto irreversible del ejercicio de esa igualdad es que la mujer ha accedido con todas sus consecuencias, e incluso con vocación más determinada que el varón, a la educación, a la cultura y al conocimiento; podemos afirmar sin temor a equivocarnos que nunca, en la historia de la Humanidad, la mujer ha estado tan formada como ahora ni ha sido tan culta como ahora. Y eso quiere decir que se ha incorporado también y de manera masiva al consumo de bienes culturales. Paralelamente, la otra gran conquista social ha sido la conquista del ocio. Nos ha tocado el privilegio de vivir una época en que la jornada y la vida laboral tienen límites, al menos en teoría, para la totalidad de los trabajadores y esos límites están protegidos y garantizados económicamente. Progresivamente, además, la semana laboral se ha ido acortando hasta estabilizarse en cuarenta horas, si bien no son pocos los sectores que disfrutan de mejores condiciones aún; del mismo modo, se ha alargado espectacularmente la esperanza media de vida y además en condiciones cualitativas muy apreciables. Todo ello produce, en conjunto, un efecto formidable: el hombre de hoy –varón o mujer– disponen de mucho más tiempo para sí mismos, al margen de su

actividad laboral, que hace unas décadas. Vivimos en una sociedad del ocio. Y ese ocio frecuentemente se traduce en tiempo para mejorar la propia formación, para enriquecer los conocimientos, para disfrutar del placer de saber. Pues bien, el ocio formativo, al que dedicamos cada vez más tiempo, más recursos económicos, más interés individual y social, es patrimonio casi exclusivo de las Humanidades. Si a esos progresos sociales –el de la incorporación de la mujer a la vida activa fuera del hogar y el del derecho al ocio– sumamos el hecho de que la población de Occidente ha pasado de vivir en el campo a vivir en entornos urbanos y que simultáneamente se ha producido una formidable revolución en las comunicaciones, incluidas las virtuales, comprenderemos que las posibilidades de acceso a ese ocio formativo –previo pago por parte del consumidor o por parte de instituciones públicas o privadas– son cada vez mayores y, por tanto, cada vez hay más posibilidad de convertir las “Humanidades ociosas” en bienes de consumo y, por tanto, de garantizar su supervivencia. Podemos estar convencidos de que si nosotros, los que nos dedicamos profesionalmente a ellas, no tratamos de incorporarnos a esas nuevas tendencias, otros lo harán (de hecho ya lo hacen) por nosotros. No es cuestión de rechazarlas por banales; la divulgación seria y rigurosa, y al mismo tiempo amena y atractiva para grandes contingentes de ciudadanos, es perfectamente posible. Y vuelvo a reiterar lo ya dicho a propósito de los productos culturales de consumo masivo.

5. Conclusión:

Concluyo ya. Nuestras posiciones están muy claras pues parten de la constatación evidente de que los mejores momentos de nuestra cultura –y de la cultura occidental en general– han sido una y otra vez aquellos que se han apoyado en el conocimiento de los saberes humanísticos, en general, y de nuestros clásicos, en particular, pues es a partir de ellos –aceptándolos o rechazándolos, pero nunca ignorándolos– como se puede y debe construir el edificio sólido de nuestro saber.